

LECCIONES POLITICAS DE *LA SOMBRA DEL CAUDILLO*

Por: Héctor Ceballos Garibay

La sombra del caudillo fue concebida por su autor como una síntesis dramática de dos hechos históricos significativos: la rebelión delahuertista (1923) y la matanza de Huitzilac (1927); pero además de recrear literariamente las constantes que amalgaman ambos sucesos, el libro no sólo nos ofrece un soberbio retrato de lo que fue el caudillismo durante la posrevolución mexicana, sino que también arroja luz sobre algunas de las más perniciosas costumbres del sistema político mexicano, algunas de las cuales aún subsisten en los actuales tiempos de lenta transición hacia la democracia.

El paralelismo entre historia y ficción reproduce un mismo asunto político. Tanto Adolfo de la Huerta (secretario de Hacienda en 1923) como el personaje Ignacio Aguirre (secretario de Guerra en la novela) saben que el caudillo (Álvaro Obregón) no apoya sus pretensiones de ser candidatos a la presidencia y que, por el contrario, sí favorece la postulación de su secretario de Gobernación: Plutarco Elías Calles en la realidad, Hilario Jiménez en la novela.

Al inicio de la obra, se relatan los pertinaces intentos de Aguirre por convencer a sus muchos simpatizantes y seguidores, sobre todo al Partido Radical Progresista (el cual refleja la imagen del Partido Cooperativista que en 1923 apoyó a de la Huerta), a Emilio Olivier Fernández (que corresponde a la personalidad de J. Prieto Laurens) y a los gobernadores y generales que lo incitan a aceptar la candidatura para Presidente, de que en verdad no tiene ambiciones políticas. Este

episodio reproduce fielmente la obstinada negativa inicial de A. de la Huerta a enfrentarse con el caudillo.

Axkaná González, hombre instruido y amigo íntimo de Aguirre, es el encargado de comunicar a los dirigentes del Partido Cooperativista la negativa del secretario de Guerra a postularse como candidato presidencial. Según las propias declaraciones de Martín Luis Guzmán, Axkaná representa "la conciencia revolucionaria" y, en tanto que único personaje sin réplica histórica, le sirve al novelista como contrapunto político-moral de la trama.

Ni la opinión pública ni los propios simpatizantes de Aguirre consideran genuinas sus intenciones de no aceptar la candidatura. Al respecto existe una añeja tradición de la política mexicana: la obligatoriedad de los involucrados en el proceso de sucesión de mostrar fidelidad absoluta al Presidente al tiempo que se finge la ausencia de ambiciones políticas. El escritor lo refiere así: "Todos sabían allí que el ministro de Guerra rechazaba su candidatura; pero para todos, amigos y enemigos, aquello no era sino una simulación, un ardid del que se valía el presunto candidato de los radicales progresistas para conseguir desde el principio ventajas mayores". Ante la suspicacia generalizada, Ignacio Aguirre se siente desolado, precisamente porque a su deseo sincero de acatar la voluntad del caudillo, nadie, ni el propio Presidente, le concede credibilidad.

La relación mutuamente excluyente entre la fidelidad y la enemistad, entre la sumisión y la traición, forma parte consuetudinaria del quehacer político en México. Si el poder se consigue a partir de alianzas, pactos de camarillas y sabio oportunismo, entonces ¿cómo conciliar el arribismo político con el momento en que uno, sólo uno de los miembros del grupo, tiene la posibilidad de concentrar el poder máximo al convertirse en Presidente? El desaliento de Guzmán ante esta

situación extrema que no permite grados intermedios entre el servilismo y la deslealtad queda plasmado en la novela: "En el campo de las relaciones políticas la amistad no figura, no subsiste. Puede haber, de abajo arriba, conveniencia, adhesión fidelidad; y de arriba abajo, protección afectuosa o estimación utilitaria. Pero amistad simple, sentimiento afectivo que una de igual a igual, imposible."

Al aumentar la presión política, los rumores y los golpes bajos, Aguirre decide hablar con el caudillo y luego con Hilario Jiménez, para ofrecerles su adhesión política. El caudillo no confía en la palabra de Aguirre. El secretario de Gobernación, por su parte, le pide pruebas de sus dichos: que renuncie públicamente a su candidatura, que destituya de su puesto al general Encarnación Reyes (Jefe de Operaciones Militares de Puebla), que el Partido Radical Progresista designe al propio Jiménez como su candidato, y, de no aceptar lo anterior, que renuncie y se marche al extranjero. La disputa verbal concluye con la negativa rotunda de Aguirre a tales peticiones y con la ruptura definitiva de ambos contrincantes.

Al rehusarse a satisfacer las demandas de Jiménez, Aguirre no sólo demuestra dignidad personal, sino que también evidencia su anhelo inconsciente por arribar al poder absoluto: la Presidencia de la República. En efecto, el *deseo de poder* constituye el verdadero eje argumental de la novela. Un proceso lento e inexorable que va seduciendo y carcomiendo la personalidad de Aguirre, hasta llevarlo al enfrentamiento final y fatal con sus paisanos y compañeros de armas.

En el ríspido debate entre Aguirre y Jiménez descubrimos varias constantes de la "política a la mexicana". Aguirre le dice a su interlocutor que quienes le apoyan son "los grupos de convenencieros que andan a la caza de un gancho de donde colgarse; es decir, tres o cuatro bandas de politiqueros". Jiménez le responde que

detrás de él están las masas de obreros y campesinos, y no los politicastos ambiciosos. Dicho esto, el sentido crítico del novelista se deja sentir en la réplica de Aguirre: "[poco importa] que te imagines traer detrás de ti a “las masas” por el simple hecho de que así te lo aseguren las dos docenas de bribones que explotan a las agrupaciones obreras y el nombre de los campesinos." Aquí y en otros diálogos el escritor alude a ciertas prácticas políticas (tan socorridas entonces como durante los tiempos de gloria del Presidencialismo) sin cuyo concurso sería impensable el funcionamiento vertical del poder: la cargada, el acarreo y la manipulación de los trabajadores; instrumentos de movilización que se volvieron efectivos gracias al servilismo de los líderes sindicales quienes, como pago a sus servicios, obtenían asientos en las Cámaras, chambas en los gobiernos y otros muchos privilegios.

Una más de las señas de identidad de la usanza política nacional es el oportunismo: el saber escoger al candidato que lleva la delantera para montarse a tiempo en el carro del ganador. En la novela, por ejemplo, es evidente la traición de Olivier al general Aguirre cuando se percata que son los adversarios de éste quienes comienzan a multiplicar sus adeptos. Asimismo, varios diputados otrora opositoristas, incentivados con la expectativa de obtener puestos públicos, misiones diplomáticas y hasta dinero en efectivo, se cambian de bando y se convierten en partidarios de Jiménez. Así entonces, tal como lo dicta la principal ley de la política pragmática: *atinarle al bueno*, Olivier se apresura a negociar con Jiménez el apoyo del Partido Radical Progresista a la candidatura de éste, no sin antes solicitarle a cambio jugosas peticiones: dos tercios del número total de curules, el control de los poderes municipales, el Ayuntamiento de la ciudad de México y varias carteras en el futuro gabinete. Una vez establecido el compromiso, Olivier informa a Catarino Ibáñez (gobernador del Estado de México) que el

congreso del partido deberá pronunciarse por Hilario Jiménez y no por Ignacio Aguirre. Sin embargo, habiéndose preparado ya el *acarreo* de las masas con la consigna preestablecida, Olivier, ante la súbita decisión de Jiménez de "echarse para atrás" en lo convenido, se ve en la necesidad de convertirse nuevamente en aguirrista. Frente a estos cambios precipitados, y preocupado por la orden de Olivier de que se suspenda la asamblea del partido ya en marcha, Catarino le espeta: "¿Suspenderla?... ¡Ni onde! Toluca revienta a estas horas con los delegados de todos los pueblos. Están contratadas las bandas; a primera hora de la mañana llegarán los indios de las haciendas para la manifestación; ya casi todos están pagados". Sin tiempo para suspender la asamblea, al final los líderes optan por postergar la decisión en torno al candidato.

Además de evidenciar la apatía y el servilismo de las masas, en la novela también se cuestiona la oprobiosa demagogia a la que recurren como santo y seña los políticos. Una muestra de ello es la cruel sátira del discurso que Catarino pronuncia durante el banquete ofrecido a los miembros del partido: "Sí, hijos míos —les decía—; cuando la revolución sea ley en las ciudades y los campos, ya no habrá más ricos explotadores de la miseria del pobre, sino que todos seremos ricos buenos, ricos revolucionarios y útiles, según algunos lo somos ya: los que vamos, con la ayuda de Dios y sin quitarle nada a nadie, juntando nuestras economías."

Uno de los aspectos más actuales de la visión crítica de Martín Luis Guzmán es el planteamiento de que existe una relación de connivencia y mutuo provecho entre el poder político y el económico. Al respecto, se menciona que el caudillo adquirió, siendo Presidente, la hacienda más grande del norte de la República. Aguirre, por su lado, otorgó la concesión de un terreno en disputa a la *May-be Petroleum Co.* a cambio de 25 mil pesos. Y con referencia a la personalidad

maleable y corrupta de los diputados y senadores, Olivier rememora las sabias palabras con las cuales el caudillo suele aleccionarlo: "En México, Olivier, no hay mayoría de diputados o senadores que resista las caricias del Tesoro General." En efecto, el uso de los cargos públicos como vía infalible hacia el enriquecimiento pronto y expedito, y como forma segura y eficaz para acrecentar la fortuna previa, ha sido uno de los caminos más apetecibles y socorridos por parte de los políticos mexicanos, tanto en la época del caudillismo, durante el presidencialismo y en los tiempos que corren. En esta larga historia de latrocinios y corruptelas, y dada la opacidad e impunidad de la que gozan sus actores, sería sumamente difícil distinguir quiénes se hicieron con las mayores fortunas, si los empresarios, los ex presidentes o los líderes sindicales.

En el plano de la realidad, dos fueron los motivos por los cuales Adolfo de la Huerta aceptó finalmente romper con Alvaro Obregón y encabezar la insurrección de 1923, argumentos irrefutables desde una perspectiva moral e institucional: la arbitraria desaparición de poderes en San Luis Potosí, que impidió la asunción de Prieto Laurens como gobernador del estado, y la imposición política de Plutarco Elías Calles como candidato a la Presidencia, lo cual revivía la legitimidad de la rebelión de Agua Prieta frente al torpe intento de Carranza por designar a Ignacio Bonillas como su sucesor en la Presidencia. Y si en la historia los delahuertistas denunciaron la violación de la soberanía estatal y la antipatriótica firma de los Tratados de Bucareli, en el argumento de ficción Guzmán inventa el secuestro de Axkaná González (que remite al rapto sufrido por los senadores Ildefonso Vázquez, Francisco Trejo y Enrique Castillo en 1923) para explicar con ello la indignación de Aguirre y su decisión postrera de enfrentarse al caudillo.

El encuentro decisivo que sostienen Obregón y Adolfo de la Huerta, en la

realidad, y el caudillo y Aguirre, en la novela, evidencia el paralelismo constante entre la historia y la ficción. Tanto el secretario de Hacienda como el ministro de Guerra renuncian al cargo. La actitud del Ejecutivo es la misma en ambas situaciones: primero se resiste a aceptar la dimisión; luego, una vez que ésta se ha hecho efectiva, elogia la labor realizada por el funcionario que abdica. El tercer acto ocurre a los pocos días de las renunciaciones: el nuevo secretario de Hacienda, Alberto J. Pani, despotrica en contra del ex funcionario acusándolo de ser el causante de la crisis financiera del país. En la novela, en cambio, es el nuevo secretario de Guerra, general Aispuro, quien recibe la encomienda de culpabilizar a Ignacio Aguirre de los cargos de corrupción, ineptitud y traición al Presidente.

Ya en la recta final, la obra literaria recrea el clima de violencia que vivió el país en los días previos a la rebelión militar. Duelos verbales, acusaciones, infundios y amenazas mutuas entre Aguirre y Jiménez, los cuales reproducen los enfrentamientos que sostuvieron Calles y de la Huerta en la vida real. Disputas acres y violentas se suceden en la Cámara, en donde Olivier acusa a Ricalde de ser un demagogo manipulador de obreros. En el ámbito de la historia, Morones se enfrenta a los cooperativistas, el diputado Fidel Jurado es asesinado en las calles de la colonia Roma y acontecen los secuestros de varios senadores contrarios al caudillo. Adolfo de la Huerta y sus partidarios son vigilados y hostigados por la policía política del régimen. En la obra de ficción, evocando los hechos ocurridos, se describe el acecho gubernamental en contra de Aguirre y los planes para secuestrar y asesinar a los líderes de la oposición durante las labores de la Cámara.

El desenlace de la novela recupera los acontecimientos trágicos de 1927. Para entonces, Obregón ya había convencido al Presidente Calles de que modificara la Constitución a fin de volver legal su aspiración a ocupar de nuevo el cargo de

Primer Mandatario en las elecciones por venir. El feroz descontento anticallista de los católicos y la fuerte oposición a la reelección de Obregón contextúan el frustrado levantamiento militar de Francisco Serrano y de Arnulfo R. Gómez. Y a pesar de que la *seducción del poder* es el eje que equipara los sucesos ocurridos en 1923 y 1927, debe precisarse también que la cuestionable catadura moral de Francisco Serrano, comparada con el robusto perfil ético y democrático de Adolfo de la Huerta, constituye el único aspecto argumental que podría reprochársele a esta obra literaria excepcional.

La última lección que nos brinda la novela se refiere al uso político del verbo *madrugar*. Ducho en la materia, Olivier presiona al general Aguirre para que se levante en armas antes de que se le adelante el caudillo; pero el ex secretario de Guerra, atendiendo a sus convicciones, prefiere esperar hasta encontrar los elementos que justifiquen plenamente la legalidad de su rebelión. En esta errática decisión de Aguirre se encierra buena parte de la explicación de su derrota. Con respecto a la equivocación estratégica cometida tanto por Adolfo de la Huerta como por Aguirre, el novelista apunta en su libro: "En México si no le madruga usted a su contrario, su contrario le madruga a usted".

A las pocas horas de producirse el levantamiento militar, los aguirristas son traicionados por el general Elizondo, quien los apresa y los entrega a las tropas del caudillo en un hotel cercano a Toluca. Derrotado y cautivo, Aguirre reflexiona sobre la causa de su perdición: le resulta en extremo lógica la astuta decisión de Elizondo de tomarlo prisionero ahí mismo, y de esta forma conseguir un triunfo que amén de fácil le acarreará pingües recompensas.

A manera de clímax, Martín Luis Guzmán nos regala una portentosa descripción del brutal asesinato de Aguirre y sus compinches. Esta extrema

crueledad contrasta, sin duda, con la ecuanimidad hierática del caudillo y de Jiménez al recibir los cadáveres en el Castillo de Chapultepec. Dos sucesos postreros redondean el sentido político de la novela: por un lado, la publicación de la versión oficial de los hechos en la prensa nacional, sustentada en la consabida denostación de los sublevados; y, por el otro, la escena patética cuando el asesino Manuel Segura se apresura a comprar valiosas joyas con el dinero ensangrentado que había extraído del cadáver de Aguirre. En efecto, tanto la manipulación informativa padecida por aquella población que contemplaba con estupefacción los acontecimientos, como la vinculación entre la codicia y la violencia a través de la metáfora de las manchas de sangre, constituyen una feliz manera de redondear la moraleja con la cual Guzmán hace la crítica de ese poder presidencial absoluto y absolutista que ha sido parte consustancial de nuestra historia.

La lectura de *La sombra del caudillo* no sólo representa el disfrute garantizado de una prosa excelsa, sino que también conlleva la posibilidad de extraer del texto ciertas claves que nos permiten conocer mejor el sistema político de este país, una fosilizada maquinaria de gobierno que, no obstante algunos loables cambios democráticos ocurridos en los últimos años (incrementos en la transparencia, la libertad de expresión y la independencia del árbitro electoral), todavía hoy mantiene gravísimas deficiencias en cuanto a la rendición de cuentas de la clase política, la presencia retardataria del corporativismo sindical, y los muchos e inicuos privilegios que aún detentan los poderes fácticos.